

**CIEGOS CONTRA EL VIENTO**

**Miguel Ángel Manganell**

**CIEGOS CONTRA EL VIENTO**

**ESDR  JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN ETCÉTERA}

Primera edición, junio 2021

© Miguel Ángel Manganell, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: María Gómez

Revisión: M<sup>a</sup> Ángeles Lopera

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 836-2021

ISBN: 978-84-123813-3-7

Impreso en España · Printed in Spain

Para ti, Dori.  
Si existiera el secreto,  
yo también haría un ser exacto a ti.  
Gracias por seguir regalándome sueños.

## AUNQUE NO ESTÉ DE MODA SER HERMANOS

Hace algunos años, Miguel Ángel Manganell escribió un texto muy hermoso titulado *Besos con lengua*. Para hablar de su relación con la lengua, regresaba a su niñez y a los juegos con la pandilla de amigos y amigas en los descampados a orillas de la vega; contaba que, cuando se trataba de jugar al conocido «Beso, atrevimiento o verdad», él siempre prefería los besos. Terminaba confesando que lo único que conserva de aquellos besos es, precisamente aquello de lo que carecían, la lengua. Y que ha olvidado la verdad, tal vez porque fuese mentira.

Volver a leer algunos de los relatos de Miguel Ángel Manganell, además de provocar que me reconozca en muchos de sus personajes, me hace regresar a una edad en la que para todo sobran ganas, tiempo y corazón. Yo creo firmemente en lo que dice y escribe Miguel. Y creo en sus relatos porque cuentan algo que es verdad. Como escribe Juan Marsé, lo real puede no ser verdad, pero la ficción sí que puede. ¿Quién no se ha sentido alguna vez como Carlos Bulberg, dándole la espalda al mundo y acercándose irremediabilmente a un destino —sea este la rama de una encina o una sórdida oficina— al que creía haber burlado? En estos textos, las ciudades se

parecen demasiado a nuestra ciudad, los sueños rotos pueden haber sido nuestros sueños y los trenes perdidos que recorren sus páginas son aquellos que nosotros hemos dejado muchas veces escapar.

En *Ciegos contra el viento*, Miguel Ángel Manganell habla de asuntos muy serios: las trampas del destino, la sombra y la oscuridad que se filtran por las paredes de las relaciones familiares, el pequeño mundo literario de una ciudad de provincias y sus mezquinas ambiciones, la usura del tiempo, la vejez, el olvido, el amor y, claro, la muerte. El humor, que lo hay, está mordido por la pena y el desengaño; es un humor cáustico y ácido que nos deja helada la sonrisa. Fijémonos en los relatos «Plan de mejora», «Hospedamos ángeles» y «La serpiente en la hierba». El primero de ellos es una tremenda bofetada a los sucesivos planes educativos llevados a cabo por el gobierno de turno, el segundo aprovecha una relación amorosa para hablarnos del amor a las palabras y en el tercero, Lázaro Guzmán, pícaro posmoderno, nieto de Lázaro de Tormes y Guzmán de Alfarache, contrahecho, alcohólico y necrófilo sin remedio, maldice a la mismísima Virgen en mitad de un descampado oliéndose que la Señora lo va a obligar a renunciar a su sueldo fijo de conserje de instituto que tanto esfuerzo le ha costado obtener.

El magnífico «Si alguna vez fuimos niños», además de contar de manera portentosa la historia de nuestra infancia, encierra uno de los temas fundamentales del libro, que no es otro que lo que Gil de Biedma denominaba la ambivalencia de la identidad: la llegada de ese momento en que dejamos de ser hijos de Dios y pasamos a ser hijos de vecino. Me parece extraordinaria la manera de relatar ese paso a través de la

voz del protagonista que, conforme avanza el relato, va desvelando el futuro que aguarda a cada uno de los personajes, lo que la vida hace con las princesas y los sueños de los niños de barrio.

Miguel Ángel Manganell ha sabido ocultar de manera muy inteligente su sabiduría y erudición bajo un exceso de humildad y pudor. *Ciegos contra el viento* es una buena muestra de la considerable cantidad de lecturas y fuentes en las que ha bebido el autor: la parodia de los *Milagros* de Berceo y la picaresca que hay en «La serpiente en la hierba», el juego de espejos de «Suéñame» que nos recuerda a Borges y a Cortázar o el mencionado «Si alguna vez fuimos niños», primo hermano en la ternura y el desamparo de la novela *Para morir iguales* de Rafael Reig. Además de un amplio conocimiento de la literatura, hay mucha vida y mucho trabajo detrás de cada una de las palabras de este libro. No son relatos de un principiante; da la impresión de que, más que escribir, Miguel ha hecho un trabajo de artesano, cinceland y puliendo cada una de las frases de los textos. La agilidad en los diálogos, los cambios de registro, la precisión de cada adjetivo, el ritmo de la narración, dan cuenta de cuánto hay de papelera y de orfebre en cada frase. No tienen más que asomarse al relato «Volverá el polvo a la tierra» para descubrir la brutal descripción de una demencia (pocas veces habrán leído algo semejante) o notar el hilo tan sutil que une a los personajes de los tres últimos textos.

Como los versos de Ángel González de los que toma el título este libro, los protagonistas de estos relatos, ciegos contra el viento, no pueden tocar sus sueños por más que estiren los brazos y terminan dándose de bruces contra un mundo que es

otro cuando se acerca. Igual que muchos de sus personajes, Miguel Ángel Manganell no se fía en absoluto de la realidad cuando las cartas vienen buenas. Incluso ahora, cuando su libro está a punto de publicarse y yo escribo estas líneas, él está convencido de que hay gato encerrado y de que todo esto es una farsa que su familia y amigos interpretan para ocultarle que padece una enfermedad terminal. Parafraseando a Oteiza, Miguel es partidario de no estropear una vida de fracasos por un éxito de mierda.

Mi amigo Mariano Maresca escribió que su amistad con los poetas le hizo imposible distinguir entre un poema y un amigo «hasta no saber si uno tiene que subrayar una sonrisa como si fuera un verso impreso o acariciar un verso impreso como si fuera una sonrisa». A quien esto escribe le ocurre lo mismo con el autor de este libro, sé que este prólogo no está a la altura de los textos de Miguel; pero me gustaría contar lo que para mí significa que estos relatos se publiquen después de tantos años y que sean disfrutados y apreciados como las pequeñas joyas que son. Dentro de ellas, en un sueño de ámbar, se encuentra nuestra vida. ¿No lo saben? Miguel y yo no tuvimos más remedio que hacernos hermanos al momento de conocernos en los pasillos de la Facultad de Letras de Granada hace veinticinco años. Además de la timidez y el estupor, nos unió la certeza de saber que nuestro mundo nada tenía que ver con el reino de los aspirantes y herederos del Parnaso que nos rodeaban. No sé qué hubiese sido mi vida sin su amistad, seguramente me hubiera dado contra todo y, ciego, todo me hubiese herido.

Ramón Repiso  
Primavera de 2021.



Ciegos contra el viento

*No te puedo tocar por más que estiro  
los brazos como un ciego contra el viento*

ÁNGEL GONZÁLEZ

## CARLOS BULBERG, ARTIFICIERO

El padre de Carlos Bulberg se ahorcó de la rama de una encina, la misma rama que treinta años antes había utilizado su propio padre para quitarse la vida. Porque sabido es que todos los Bulberg acaban de una manera u otra sintiéndose atraídos por aquel árbol y por aquella rama, como si para ellos las cosas no tuviesen otro camino que el que concluye con el balanceo de un cadáver ahorcado en una encina.

A nadie extrañó la muerte del abuelo Bulberg, aquel extranjero que nunca supo adaptarse a las templanzas que encontró en estas tierras del sur. Antes de morir lanzó un último suspiro de nostalgia por las brumas septentrionales que siempre adornaron sus sueños más felices, y por un cielo más gris que este otro, de un azul tan nítido que recorta contra el horizonte la difusa pesadumbre de los melancólicos.

Más extraño fue el suicidio de su hijo Karl, que no pudo achacar su fin a la añoranza de una meteorología que nunca conoció sino por los relatos que su padre le hacía. Siempre quedan las causas genéticas, esa predisposición suicida que algún día hallarán envuelta en cualquiera de los genes del

ser humano, pero seguirá pendiente el detalle de la encina, porque no parece posible que el destino de los Bulberg esté biológicamente unido al de un árbol, o al de una de sus ramas, por mejor decir.

El caso es que desde la muerte de Karl Bulberg todo el mundo puso la vista en el pequeño Carlos, hijo ya de nativos y nativo él mismo, tan alejado por ello de los climas del norte como suelen estarlo los destinos de los árboles y los de las personas. Pero cuando Carlos Bulberg decidió ponerle fin a su vida intentó esquivar aquel sino familiar con un tipo de muerte bien distinta a la que tuvieron sus antecesores.

Artificiero como era en los túneles de la costa, esperó una tarde a que todos sus compañeros abandonaran el recinto vallado para preparar meticulosamente todo lo que habría de necesitar. Primero se anudó a la cintura unos cuantos cartuchos de explosivo, y como quiera que había decidido verle los ojos a la muerte, tendió una larga mecha que partiendo desde su cuerpo se alejara unos veinticinco pasos, girase en redondo y regresara de nuevo hasta el lugar que el artificiero había elegido para despedirse del mundo. Solo tendría que prenderle el fuego y esperar a que la llama completase su recorrido.

Pero decidió fumarse antes un último cigarrillo, más que nada por contemplar a su gusto aquel ingenio pirotécnico con el que habría de burlarse del destino arbóreo de los Bulberg. Con el pitillo en los labios encendió tranquilamente el mechero, y aunque sintió la tentación de pasar por alto inútiles dilaciones, finalmente se concedió el postrer capricho de fumar sentado sobre el suelo, cavilando sobre el tiempo que dispondría para ver acercarse el chisporroteo de la muerte. «Tal vez

viniese malhumorada», pensó con una sonrisa, tal vez tuviera tiempo de verle los ojos y descubrir en ellos una sombra de contrariedad. Pero incluso la muerte tendría que resignarse, porque la dinamita haría saltar por los aires cualquier posibilidad de que de nuevo un Bulberg terminara colgado de la rama de una encina.

Sin duda había sido una buena idea la de morir reventado en mil pedazos, porque así la gente tendría que callarse de una vez y dejar de inventar destinos para los demás, como si no fuera suficiente con ir dibujando día tras día el propio de cada uno. Tendrían que callarse a la fuerza, porque nadie podía esperar que un Bulberg desoyera aquella canción del ahorcado que, a decir de todo el mundo, sonaba desde antiguo en los oídos de aquella estirpe de extranjeros.

Así que apuró la colilla y la aplastó de un pisotón contra el suelo. Buscó por segunda vez el mechero y lo chascó con fuerza, como queriendo asegurarse de que ningún azar libertino podría vencer la voluntad de un hombre decidido. Miró desinteresadamente la llama azulada que surgió entre sus dedos, y sin que ningún tipo de vacilación le hiciese temblar la mano la acercó a la mecha que esperaba a pocos centímetros.

El fuego comenzó a alejarse ruidosamente, siguiendo aquella línea recta que el artificiero había diseñado como primer tramo en su encuentro con la muerte. Carlos Bulberg siguió con la vista el correr atropellado de aquellas chispitas que cobraban distancia, y se dio cuenta entonces de que tendría que recibir la explosión final con algún pensamiento rondándole las mientes, porque no está bien eso de morirse uno así, sin más, sin dedicarle a nadie ni a nada el último destello de

la conciencia. Intentó buscar algo, cualquier cosa que pudiera justificar de alguna manera un suicidio como el suyo, pero la mecha seguía consumiéndose y a él no le venía nada a la cabeza, nada que no fuera aquel vacío blanco y difuso que en aquel momento le inundaba por completo el entendimiento. No recordaba cosa alguna que añorar, porque al fin y al cabo había conseguido en la vida casi todo lo que había deseado. Le gustaban el calor y los azules del cielo, y hasta las encinas le parecían simplemente árboles, por más que se empeñara ahora en sentir rencor hacia ellas. No lamentaba la muerte de un abuelo al que no conoció, y en cuanto a la pérdida de su propio padre, fue tan temprana que su ausencia no llegó a dejarle recuerdos tristes a los que acudir en ese momento. Ni siquiera podía lamentar haber sido un pobre huérfano, porque la orfandad la crea la gente que murmura tristezas al paso del desamparado, y los únicos chismorreos que a él le llegaron de pequeño hablaban más del destino de los Bulberg que de la desgracia de no tener padre.

Seguía así, sin saber qué se debe pensar cuando está uno a punto de enfrentarse a los ojos de la muerte, pero la mecha ardía y continuaba limando la distancia con tozudez mecánica. Había que pensar algo, pero Carlos Bulberg solo pudo evocar la imagen de su esposa, que estaría ahora ultimando la cena y pensando que su marido volvía a retrasarse. Estaría en la cocina, tarareando cualquier musiquilla de la radio, llenando la casa de alegrías y de olores succulentos, mirando distraídamente el reloj y advirtiéndole de pronto que su marido ya debería estar de vuelta. A su regreso le preguntaría si como de costumbre se había demorado por el camino, cavilando

eternamente sobre sabe Dios qué tonterías, este hombre, siempre con lo mismo, con lo bien que se puede estar y tener que ir a tentarle las carnes al destino...

Claro que estaría preparando la cena, pensó Carlos Bulberg, y de repente sintió un estremecimiento recorriéndole la espalda, y por primera vez los cartuchos se dejaron sentir extraños alrededor de la cintura. Su mujer esperaría pacientemente a que llegase, sin importarle que la comida fuese poco a poco quedándose fría, ensayando la sonrisa sincera con que le recibiría, preparando la voz para preguntarle si llegaba muy cansado, para acomodarlo ante la mesa y servirle una cena recalentada con ternura. Y luego se quedaría en silencio por si él deseaba contarle algo, por si de nuevo había tenido dudas, por si los miedos habían vuelto a aparecer. Y lo reconfortaría con besos y caricias, y sabría, como siempre había sabido, encontrar la palabra más cálida para sus oídos.

Carlos Bulberg sintió una pena dulzona entonces, evocando la figura y la voz de aquella mujer amable y hermosa que había elegido casarse con él a despecho de las habladorías y del destino. Pensó en lo feliz que era con ella, y recordó la desazón que supuso en su momento el no haber podido tener hijos. Aquel hubiera sido un buen pensamiento con el que encarar la mirada de la muerte, pero ni siquiera eso le valía, porque al final decidieron juntos recoger un niño de la inclusa, un niño suyo pero libre por siempre de cualquier herencia de sangre que sin remedio lo condenase a colgar rígido y violáceo de la rama de la encina.

Aquel, aquel era un buen pensamiento, aquella era su venganza por tantos años de escuchar machaconamente la

misma cantinela. Y de repente sintió pereza de morirse, y deseó regresar junto a su mujer y su hijo para decirles que no tenía sentido pensar en maldiciones ni en acechanzas de la providencia.

Sin prisas arrancó la mecha del explosivo que rodeaba su cintura, sin percatarse de que la llama se había acercado tanto que la muerte, sombría y contrariada, le había mirado directamente a los ojos. Se quedó un rato confuso, porque nunca se le había ocurrido pensar qué hacen los suicidas cuando se arrepienten en el último instante y deciden seguir viviendo. Se dedicó a recoger con cuidado todo el material que había esparcido por el suelo, y solo cuando se disponía a marcharse se dio cuenta de que aún tenía puesta la dinamita alrededor del cuerpo. Desató entonces los cartuchos, los guardó ordenadamente en el almacén de los explosivos y cerró con llave la puerta antes de dirigirse hacia su casa.

A la mañana siguiente encontraron el cuerpo de Carlos Bulberg colgando sin aliento de la rama de una encina, la misma rama que su padre y su abuelo habían utilizado antes que él para quitarse la vida.



## PLAN DE MEJORA

*La educación es una cosa admirable, pero es menester recordar, de vez en cuando, que ninguna cosa valiosa para el conocimiento se puede enseñar*

OSCAR WILDE

Tras verse señalado en las portadas de algunos medios malintencionados como el responsable de los repetidos fracasos en los baremos educativos de media Europa, el gobierno en pleno se reunió para buscar soluciones. El presidente, más que buscar, se las exigió de forma destemplada a la responsable gubernamental de Educación, pero esta supo exhibir las habilidades que la habían llevado al cargo derivando con elegante y eficaz contundencia toda la responsabilidad hacia su secretario en materia educativa. El secretario demostró también saber ganarse el sueldo, y con un alarde de retórica argumentativa se descargó por completo de culpa y consiguió que todas las miradas se girasen hasta el director técnico de Educación.

El director, sabiendo que tras él solo quedaba la puerta de la sala de reuniones, y sabiendo también que el puesto y el futuro —chófer, ático en el centro, colegio inglés de los hijos, implantes capilares de la coronilla, almuerzos de lujo con postre de perico y señoritas— le iban en refrenar el deseo brutal de disculparse torpemente y salir corriendo, aguantó como pudo las iras presidenciales, el furor de la responsable de Educación

y la severa conmiseración del secretario, silenciando en sus entrañas el sonoro juramento de que sus asesores habían de lamentar por siempre haber venido al mundo.

A la mañana siguiente, la dirección técnica de Educación en pleno se reunió para buscar las soluciones que las altas instancias del gobierno reclamaban. El director, más que buscarlas, intentó exigirselas a sus asesores con una vehemencia que le hacía despedir por la boca proyectiles grumosos de saliva y recuperar la refrescante acidez de un lenguaje arrabalero que el almíbar de la corrección política le había hecho olvidar hacía ya mucho tiempo.

Pero los asesores, una secuencia clonada de treinta y dos expertos que se movían al unísono, que sincronizaban los mismos pensamientos y que habían incluso llegado a acompasar sus ritmos respiratorios y la frecuencia mingitoria, escucharon impávidos las amenazas y los desahogos lenguaraces del director, sosteniendo una sonrisa meliflua y evitando sin esfuerzo seguir con la mirada las trayectorias de los perdigones de saliva que de tanto en tanto salpicaban la mesa.

Cuando se apagó la vehemencia de la invectiva, los treinta y dos expertos calmaron con exquisita condescendencia al superior, elevando una sola voz de múltiples matices que, como si de un eco repetido se tratase, desconcertó al director en una especie de hipnótica mudez. Le explicaron que no había de qué alarmarse y se permitieron recordarle que todo sistema —incluido el suyo— era susceptible de mejoras, pero que eso no implicaba necesariamente un error de esencia ni un problema de base. Se trataba tan solo de promover unos ajustes que, todo había que decirlo, ya habían sido previstos y esbozados.

Luego de un agónico esfuerzo contra el cautivador hechizo de aquella voz única y multiforme, el director les concedió un día para que elaborasen el plan de actuación que le exigían sus superiores. Al cabo de cinco minutos, los treinta y dos expertos tenían decidido el objetivo fundamental del proyecto, su vía de consecución y el nombre mismo de aquella nueva directriz educativa.

En la reunión del día siguiente, lo primero que preguntó el director técnico de Educación fue el nombre de la propuesta que sus asesores, discretamente ufanos, le ofrecieron en un expediente pulcramente encuadrado: Plan de Mejora Educativa, fue la respuesta. Ante la simpleza pueril de aquella denominación, el directivo, que había recuperado el gusto jarrocho por la zafiedad lingüística, se disponía a reafirmar su autoridad con una granizada de baldones y rechazando sin más aquella tontada de proyecto. Pero treinta y dos manos se elevaron con mesurado gesto de calma y frenaron con su sincronía imposible la voz del superior. El nombre, le explicaron a coro los expertos, respondía de manera directa y sin circunloquios delirantes a la esencia misma del problema que se trataba de atajar, en tanto que cobraba vida desde el barro primigenio de la realidad cotidiana de las aulas. Así, le dijeron, el objetivo último y primero del plan no había de ser otro que conseguir que las alumnas, y los alumnos también, aprobasen. Y lo explicaron esto con un vocabulario tan unívoco y tan etéreo a la vez, tan lleno de sustancia y tan vaporoso de significados, que el director, aun acostumbrado como estaba a la jerga pedagógica, se dejó obnubilar de nuevo por aquella hechicería fónica de las treinta y dos voces, armonizadas en

un discurso que alcanzaba paroxismos barrocos en el constructivismo integrador de las competencias básicas.

El director, que de repente tuvo conciencia de haber escuchado la exposición con la boca abierta, quiso resarcirse preguntando por la viabilidad del proyecto, pero antes de que pudiera llegar a hacerlo los asesores lo detuvieron con su sonrisa poliédrica, asegurándole que solo había una manera infalible de lograr mejoras y que esta era el incentivo económico. Fuera por tocar un tema tan incuestionablemente intocable, fuera porque en esta ocasión los expertos clónicos prescindieron de arabescos oratorios, lo cierto es que el director casi consiguió reaccionar a tiempo y poder así mostrar la oposición con la que desde lo más profundo de su alma anhelaba mellar la pulimentada pedantería de los asesores pedagógicos.

Pero de nuevo los expertos se le adelantaron con la condescendencia de quien ha previsto la obviedad de un reproche y ha elaborado con tiempo la réplica más demoledora. Tampoco había que alarmarse por el gasto que el plan pudiera suponer, aclararon con términos sencillos. Bastaba con ofrecer a todos los centros no la participación en el Plan de Mejora, sino la posibilidad de participar en él mediante la elaboración de un enjundioso proyecto lleno de medidas concretas y de propuestas alternativas y originales. A partir de ahí, concluyeron con treinta y dos sonrisas seráficas, se trataba solo de concederles el dinero a algunos centros y al resto decirles que estaban en el camino idóneo para recibirlo.

El director, que esta vez no debía su embeleso a la jerigonza incomprensible ni al poder hechicero de la sincronización de

las voces y los discursos, se humedeció lentamente el labio superior con la punta de la lengua. Y supo, con una certeza que le recorrió todo el cuerpo como un escalofrío, que sus superiores aceptarían aquel plan.

Los profesores del Instituto de Educación Secundaria Soleidad Amara decidieron casi por unanimidad postularse para formar parte del nuevo Plan de Mejora Educativa. El claustro, varado desde hacía años en un marasmo de desencanto que desquiciaba las puertas y deslucía en pocas horas los carteles que inútilmente intentaban decorar los pasillos, quiso acogerse a unas medidas que, al margen de la cuestión económica, debían plantearse como una nueva y esperanzadora manera de sobrellevar el día a día.

Aparte de los profesores de Religión, solo tres miembros del claustro se negaron a participar en el intento de mejora: uno de los profesores de Lengua, un jayán barbudo y aficionado en tiempos a las reuniones clandestinas y a las borracheras litúrgicas; la profesora de Economía, dueña de una sofisticada belleza de ejecutiva y del andar zigzagueante de una modelo profesional; y un profesor de Educación Física, un petimetre jovial de mentón rasurado y secretos anhelos de poeta.

Los tres consideraron indigno someterse a lo que creían una humillación, y se negaron en redondo a participar en ningún tipo de actividad o de incentivo.

Por su parte, los profesores de Religión —católica y evangélica—, entendieron que tanto su materia como su metodología habían estado, estaban y estarían por siempre fuera de cualquier

posibilidad de mejora, así que continuaron proyectando excursiones pastorales a parques de atracciones y eventos deportivos de advocación mariana.

Pero a pesar de estas oposiciones, el claustro se aferró a la idea de mejorar su labor y el rendimiento de su alumnado. Así que, tras un tráfigo inevitable de papeleos, reuniones, actas de reuniones, acreditaciones, propuestas y aprobaciones, el IES Soledad Amara quedó adscrito al Plan de Mejora Educativa.

Al principio los ánimos de los profesores parecieron desencantarse con tanta burocracia como requirió la puesta en marcha del proyecto, pero al cabo de unas semanas, cuando amainaron los trámites y fueron poniéndose en marcha las medidas, empezaron a notarse los cambios. Primero fueron cambios leves, apenas apreciables: las puertas de las aulas cerraban mejor y los carteles que se fijaban en las paredes tenían un aire más decorativo. Los ordenadores funcionaban, las impresoras siempre tenían tóner y nunca faltaba tiza en las aulas.

Aquello, fuera lo que fuese, empezó poco a poco a impregnarlo todo, a filtrarse por cada rendija del centro como un aroma de novedad que remozaba el mobiliario y despertaba galanteos entre los profesores por los pasillos. Una especie de alegría sin causa se respiraba por todas partes y empujaba al profesorado a renovar su vestuario, a acudir a las clases engolando la voz y ensayando perfiles favorables entre la pizarra y los alumnos. Y estos, lentamente, se dejaron contagiar de aquel vapor hechicero que los hacía concentrar la atención en las explicaciones, en los textos y en los grabados de los libros.

Y a partir de ahí se disparó como una fiebre inexplicable, un duelo tácito entre todos, profesores y alumnos, los unos queriendo explicar más y mejor y los otros empeñados en dejar siempre cortas las explicaciones, reclamando más, apuntando otras posibilidades, cuestionando lo establecido.

El profesor de Latín sorprendió una mañana a sus siete alumnas en el pasillo, discutiendo en la impecable y sonora lengua de Cicerón acerca de la naturaleza del amor. Y lo hacían con tal donaire y soltura, con tan buena pronunciación y tan notables argumentaciones, que el profesor, en un primer momento, las creyó farfullando en uno de esos galimatías crípticos que los adolescentes solitarios inventan para comunicarse en secreto. Desconcertado, el maestro lo comentó en la sala de profesores, y fue entonces cuando se descubrió que no había clase ni materia en la que los alumnos no hubieran comenzado una suerte de despertar intelectual tan desaforado que los lanzaba sin freno en busca de los límites insospechados del conocimiento.

Una profesora de Lengua aseguró que había desestimado explicar la obra de santa Teresa, porque leyendo en clase unos poemas de san Juan de la Cruz fue tal el arrebató místico que sacudió el aula que un alumno entornó los ojos y se dejó sumir, flácido e inerte, en un éxtasis que lo elevó un par de palmos del pupitre; y una chica, alarmada, gritó de repente que le sangraban las palmas de las manos y hubo que curarle los estigmas en conserjería, con antiséptico y tiritas.

En Filosofía, los alumnos menos capaces podían explicar sin dificultad el imperativo categórico de Kant, y en Biología nadie tenía problemas para exponer los procesos mitocondriales.

Los movimientos de los astros, las parábolas de un proyectil, el color de la cuarta generación de guisantes según las leyes de Mendel, los posesivos con gerundio en inglés, el diseño completo de un motor de hidrógeno... Todo parecía un juego de niños en aquel Soledad Amara que hasta hacía poco desmenuzaba el correr de los días en inútiles explicaciones y exámenes suspensos. Todo funcionaba y todos parecían inoculados por esa especie de necesidad de saber y de mejorar. Todos menos los tres profesores que se opusieron al proyecto desde el principio.

En un primer momento los compañeros achacaron su actitud a un resentimiento infantil surgido al comprobar que lo que ellos negaron de inicio se afirmaba ahora por sí mismo a tenor de un día a día lleno de ilusiones. Pero pronto todos dieron en pensar que más bien se trataba de una suerte aciaga, un azar negro que se había cebado en aquellas tres personas de manera inexplicable. El profesor de Lengua, el bebedor litúrgico de barba revolucionaria y ánimo festivo, empezó a amohinarse poco a poco, a estandarizar sus explicaciones del Quijote y a encorvar aquella espalda de gigante mitológico, hasta que un día llegó al trabajo con el rostro afeitado y el carácter embarrancado en una marea baja que parecía tenerlo siempre envuelto en una llovizna gris y en un otoño perpetuo.

La profesora de Economía, por su parte, se vio aquejada de la noche a la mañana por un acceso de hemorroides desesperante y rebelde a cualquier tratamiento, tan agresivo que la pobre mujer mudó el andar de modelo por un paso nervioso y trastabillante, y la belleza del rostro se le agrió en la mueca del que siente un termitero bullirle en las mucosas más íntimas.



En cuanto al profesor de Educación Física, languideció sumergido en sus afanes de poeta, ajeno por completo a que en sus clases algunos alumnos alcanzaban marcas atléticas imposibles, absorto en la composición de sabe Dios qué octava real o qué serventesio, hasta el punto de que ni los resultados del Plan de Mejora ni un rayo que hubiese calcinado el instituto hubieran podido sacarlo de su ensimismamiento.

Pero el resto del centro sí, el resto seguía concentrado por completo en aquel frenesí imparable, aquella calentura que, saturados pronto los profesores, parecía no tener límites entre los alumnos. Porque el profesorado, llegado un momento, evidenció ser incapaz de ir más allá, pero los muchachos, jóvenes y ávidos, con el torrente sanguíneo agitado por una descarga hormonal que les salpicaba cada célula con ansias de conocimiento, prosiguieron su ascenso particular en el plan aquel de mejora que los llevó, dominadas individualmente las diversas materias que se les impartían, a buscar soluciones a sus propios interrogantes en la mezcla de asignaturas, en el aprovechamiento de un aprendizaje previo para alcanzar otro más complejo y distante.

Así, los alumnos de Filosofía disertaban sobre Sócrates en griego clásico, por entender que era ese y no otro el modo de alcanzar la esencia misma del pensamiento socrático; los estudiantes de literatura explicaban el surrealismo poético a través de las sinapsis neuronales que se dan en los estados de inconsciencia; los de Tecnología diseñaron un robot antropomorfo cuyo comportamiento estaba regido por un código sacado de *El cortesano* de Castiglione; los de Matemáticas ensayaban integrales imposibles que pretendían —y en algunos casos nadie fue capaz de aclarar si no lo lograron— asentar empírica-

mente las vías tomistas para demostrar la existencia de Dios; y los de Física teorizaban sobre partículas subatómicas aún por descubrir con ecuaciones de estructura fractal de un lirismo tan insoportable que arrancaban lágrimas emocionadas a quien las contemplaba, por muy lego que se fuera en la materia.

Y en ese estado de las cosas llegaron las instrucciones administrativas que pretendían comprobar los resultados del Plan de Mejora ideado para relanzar la Educación Secundaria. Se planteó una prueba escrita, igual para todos los institutos, que había de medir los niveles alcanzados tras la aplicación de las medidas programadas.

Llegado el día, los alumnos esperaban impacientes, con los bolígrafos dispuestos a demostrar, por fin, todo lo que habían llegado a aprender. Se repartieron los impresos, previa asignación de códigos numéricos que pretendían una corrección anónima y verdaderamente ecuánime, y se puso en marcha el reloj.

Los profesores encargados de vigilar la realización de la prueba sonrieron ufanos, seguros de que, a tenor de las enormes capacidades demostradas por su alumnado, el análisis de aquellos cuadernillos arrojaría resultados asombrosos que pondrían el nombre del IES Soledad Amara y a sus docentes en el centro del panorama educativo nacional. Pero hubo algo en el gesto ceñudo con que los escolares leyeron las primeras cuestiones que, unido al inveterado pesimismo de tantos años de experiencia profesional, les dibujó en el ánimo el barrunto de una adversidad sin nombre, apenas un bosquejo de mal agüero que les recorrió la espalda con la frialdad de un crujido en el silencio de la noche.

Poco a poco empezó a crecer un murmullo sordo, una especie de bufido que se repetía como un eco de unas aulas a otras, que avanzaba por los pasillos y llenaba el centro entero de titubeos. Los maestros, sintiendo que los viejos temores regresaban ahora de lleno y sin matices, comenzaron a mirarse los unos a los otros, preguntándose qué podía ser aquello que tanto aturullaba la excelencia de sus alumnos. Por más que miraban las preguntas del cuestionario no encontraban motivo alguno de aprieto, y menos aún para chavales que habían resuelto ante ellos enredos de todo tipo.

Pero los muchachos, y también las muchachas, leían las cuestiones y se perdían en un mar de dudas, incapaces de decidir un sentido unívoco al enunciado de las cuestiones. Cuando, dado un breve relato, el cuadernillo preguntaba si era cierta la afirmación de que nadie era feliz en la familia del protagonista, ellos dudaban si había que entender la vida anodina de aquella gente dentro del contexto de la anulación de la voluntad de Schopenhauer o si su ataraxia era asimilable a la ecuanimidad budista, y pasaban a la siguiente pregunta, incapaces de decidir una respuesta concreta.

Cuando las instrucciones les pedían que «indicaran el significado de la expresión “se echó a llorar de golpe”», ellos se bloqueaban al sopesar si la imposibilidad de determinar el impulso ostensivo del emisor no impediría realmente recuperar las implicaturas del mensaje. Si la prueba requería que indicaran hacia dónde se movía el tallo de una planta y hacia dónde la raíz, los alumnos se sentían incapaces de determinar la dirección del tropismo sin conocer la localización del estímulo que lo generaba, porque imaginaban

fuentes de luz indirectas cuya luminancia desconocían. Y si la pregunta era cuántas estanterías de 70 x 20 cm. de base cabrían en la biblioteca escolar, dadas las medidas de su perímetro, la imaginación los llevaba a teselar la superficie del aula con estanterías hexagonales según el modelo de biblioteca-universo de Borges.

Así, cuando la profesora de Matemáticas vio cómo su mejor alumno levantaba la cabeza del cuadernillo y negaba con gesto desesperado, aceptó que todo estaba perdido. Y en ese momento, justo en ese momento, se descolgó uno de los carteles que decoraban el pasillo de la planta baja, y al estrellarse contra el suelo emitió un violento chasquido de cartón que hizo trizas la posibilidad misma de cualquier mejora.

El gobierno, reunido en pleno, se felicitaba por el éxito conseguido. El presidente fracasaba en su intento por mantener la pose circunspecta de triunfador acostumbrado al éxito, y paseaba recogiendo parabienes con el rostro exultante. La responsable gubernamental de Educación, mucho más resuelta, intercambiaba felicitaciones y palmeaba con fuerza, a veces excesiva, la espalda de sus colegas varones. El secretario en materia educativa, un poco ajeno a la euforia, seguía analizando los datos que llegaban a los terminales de la sede, con un vaso en la mano que agitaba regularmente en demanda de más güisqui a cualquiera que pasara cerca.

El director técnico de Educación los observaba a todos desde el balcón en el que fumaba en soledad. Miró la falsa compostura del presidente, la hipócrita camaradería de la

responsable de Educación, el interés del secretario por los datos y por el güisqui, y sonrió feliz. Sabía que su futuro —chófer, ático en el centro, colegio inglés de los hijos, implantes capilares de la coronilla, almuerzos de lujo con postre de perico y señoritas— estaba a salvo. Por segunda vez, y le pesara a quien le pesase, habían ganado las elecciones.